

Séneca

Sobre la felicidad



E LEJANDRIA

Séneca

Sobre la felicidad



E LEJANDRIA

DE LA FELICIDAD

SÉNECA

58 D.C.

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

I

Todos los hombres, hermano Galión, desean vivir felices, pero son torpes para percibir exactamente qué es lo que hace que la vida sea feliz: y tan lejos está de ser fácil alcanzar la felicidad, que cuanto más se esfuerza un hombre por alcanzarla, más se aleja de ella, si toma el camino equivocado; pues, como éste lleva en dirección contraria, su misma rapidez lo aleja aún más. Por lo tanto, primero debemos definir claramente qué es lo que pretendemos: después debemos considerar por qué camino podemos alcanzarlo más rápidamente, porque en nuestro propio viaje, siempre que se haga en la dirección correcta, sabremos cuánto hemos progresado cada día, y cuánto nos acercamos a la meta hacia la que nos impulsan nuestros deseos naturales. Pero mientras vagamos al azar, sin seguir ninguna guía, salvo los gritos y los clamores discordantes de quienes nos invitan a proceder en diferentes direcciones, nuestra corta vida se desperdiciará en vagabundeos inútiles, aunque nos esforcemos día y noche para conseguir un buen entendimiento. No decidamos, pues, hacia dónde debemos tender y por qué camino, sin el consejo de alguna persona experimentada que haya explorado la región en la que vamos a entrar, porque este viaje no está sujeto a las mismas condiciones que otros; pues en ellos alguna pista claramente entendida y las averiguaciones hechas a los nativos hacen imposible que nos equivoquemos, pero aquí las pistas más trilladas y frecuentadas son las que más nos extravían. Por lo tanto, nada es más importante que no seguir, como las ovejas, el rebaño que nos precede, y así no ir hacia donde debemos, sino hacia donde van los demás. Ahora bien, nada nos mete en mayores problemas que nuestra sumisión al rumor común, y nuestro hábito de pensar que son mejores aquellas cosas que son más generalmente recibidas como tales, de tomar muchas falsificaciones por cosas

verdaderamente buenas, y de vivir no por la razón sino por la imitación de otros. Esta es la causa de esos grandes montones en los que los hombres se precipitan hasta amontonarse unos sobre otros. En una gran aglomeración de gente, cuando la multitud se aprieta a sí misma, nadie puede caer sin arrastrar a otro sobre él, y los que van delante causan la destrucción de los que les siguen. Lo mismo se puede observar en la vida humana: nadie puede equivocarse por sí mismo, sino que debe convertirse en causa y consejero del mal de otro. Es perjudicial seguir la marcha de los que nos preceden, y como cada uno prefiere creer a otro que formarse su propia opinión, nunca emitimos un juicio deliberado sobre la vida, sino que algún error tradicional nos enreda siempre y nos lleva a la ruina, y perecemos por seguir los ejemplos de otros hombres: nos curaríamos de esto si nos desprendiéramos del rebaño; pero tal como es, la multitud está dispuesta a luchar contra la razón en defensa de su propio error. En consecuencia, sucede lo mismo que en las elecciones, donde, cuando la veleidosa brisa del favor popular ha virado, los que han sido elegidos cónsules y pretores son vistos con admiración por los mismos hombres que los hicieron así. Que todos aprobemos y desaprobemos las mismas cosas es el fin de toda decisión que se da según la voz de la mayoría.



Cuando estamos considerando una vida feliz, no se me puede responder como si después de una división de la Cámara, "Esta opinión tiene más partidarios"; porque por esa misma razón es la peor de las dos: los asuntos no se llevan tan bien con la humanidad como para que la mayoría prefiera el mejor curso: cuanto más gente hace una cosa, peor es probable que sea. Por lo tanto, no preguntemos qué es lo que se hace más comúnmente, sino qué es lo mejor que podemos hacer, y qué es lo que nos hará poseer la felicidad eterna, no lo que aprueba el vulgo, los peores exponentes posibles de la verdad. Por "el vulgo" me refiero tanto a los que llevan capas de lana como a los que llevan coronas¹⁰⁹, pues no me fijo en el color de las ropas con las que se cubren: No confío en mis ojos para que me digan lo que es un hombre: tengo una luz mejor y más fiable con la que puedo distinguir lo que es verdadero de lo que es falso: dejemos que la mente descubra lo que es bueno para la mente. Si un hombre deja alguna vez que su mente respire y tenga tiempo para estar en comunión consigo mismo, ¡qué verdades se confesará a sí mismo, después de haber sido sometido a la tortura por su propio yo! Diría: "Todo lo que he hecho hasta ahora desearía haberlo deshecho; cuando pienso en lo que he dicho, envidia a la gente muda; todo lo que he anhelado parece haber sido lo que mis enemigos rogarían que me ocurriera; buen cielo, cuánto más soportable parece ser lo que he temido que lo que he deseado. He estado enemistado con muchos hombres, y he cambiado mi aversión por la amistad, si es que la amistad puede existir entre hombres malos; sin embargo, aún no me he reconciliado conmigo mismo. Me he esforzado con todas mis fuerzas para elevarme por encima del rebaño común, y para hacerme notable por algún talento: ¿qué he logrado sino hacerme una marca para las flechas de mis enemigos, y mostrar a los que

me odian dónde herirme? ¿Ves a los que alaban tu elocuencia, a los que codician tu riqueza, a los que cortejan tu favor, o a los que presumen de tu poder? Todos ellos son o, lo que viene a ser lo mismo, pueden ser tus enemigos: el número de los que te envidian es tan grande como el de los que te admiran; ¿por qué no busco más bien algún bien que pueda usar y sentir, y no uno que pueda mostrar? estos bienes que los hombres contemplan con asombro, que se agolpan para ver, que uno señala a otro con admiración muda, son brillantes por fuera, pero por dentro son miserias para los que los poseen."



Busquemos alguna bendición que no se limite a lucir bien, sino que sea sana y buena por igual, y más bella en las partes que menos se ven: desenterrémosla. No está lejos de nosotros; puede ser descubierta: todo lo que se necesita es saber hacia dónde extender la mano: pero, tal como es, nos comportamos como si estuviéramos en la oscuridad, y extendemos la mano más allá de lo que está más cerca de nosotros, golpeando al hacerlo contra las mismas cosas que queremos. Sin embargo, para no haceros divagar, pasaré por alto las opiniones de otros filósofos, porque sería muy largo exponerlas y rebatirlas todas: tomad la nuestra. Sin embargo, cuando digo "nuestra", no me atengo a ninguno de los jefes de la escuela estoica, pues yo también tengo derecho a formar mi propia opinión. Por lo tanto, seguiré la autoridad de algunos de ellos, pero pediré a otros que discriminen su significado: tal vez, cuando después de haber informado de todas sus opiniones, se me pida la mía, no impugnaré ninguna de las decisiones de mis predecesores, y diré: "Yo también añadiré algo a ellas." Mientras tanto, sigo a la naturaleza, que es un punto en el que todos los filósofos estoicos están de acuerdo: la verdadera sabiduría consiste en no apartarse de la naturaleza y en moldear nuestra conducta según sus leyes y su modelo. Una vida feliz, por lo tanto, es aquella que está de acuerdo con su propia naturaleza, y no puede ser llevada a cabo a menos que, en primer lugar, la mente esté sana y permanezca así sin interrupción, y luego, sea audaz y vigorosa, soportando todas las cosas con el más admirable coraje, adecuado a los tiempos en que vive, cuidadoso del cuerpo y sus pertenencias, pero no problemáticamente cuidadoso. También debe valorar debidamente todas las cosas que adornan nuestra vida, sin sobrevalorar ninguna de ellas, y debe ser capaz de disfrutar de la generosidad de la Fortuna sin convertirse en su esclava.

Comprenderás, sin que yo lo mencione, que una calma y una libertad ininterrumpidas sobrevienen, cuando hemos alejado todas las cosas que nos excitan o nos alarman: porque en lugar de los placeres sensuales y de esas ligeras cosas perecederas que están relacionadas con los crímenes más bajos, ganamos así una alegría inmensa, inmutable y ecuánime, junto con la paz, la calma y la grandeza de ánimo, y la bondad: porque todo salvajismo es un signo de debilidad.

IV

Nuestro bien supremo también puede definirse de otra manera; es decir, la misma idea puede expresarse en un lenguaje diferente. Así como el mismo ejército puede extenderse más ampliamente en un momento dado, o contraerse en un compás más pequeño en otro, y puede curvarse hacia las alas por una depresión en la línea del centro, o dibujarse en línea recta, mientras que, en cualquier figura que se disponga, su fuerza y lealtad permanecen inalteradas; así también nuestra definición del bien supremo puede en algunos casos expresarse difusamente y con gran extensión, mientras que en otros se pone en una forma corta y concisa. Así, vendrá a ser lo mismo, si digo: "El bien supremo es una mente que desprecia los accidentes de la fortuna, y se complace en la virtud": o, "Es una fuerza inconquistable de la mente, conociendo bien el mundo, gentil en sus tratos, mostrando gran cortesía y consideración para aquellos con los que se pone en contacto". O podemos optar por definirlo llamando feliz a aquel hombre que sólo conoce el bien y el mal en forma de mentes buenas o malas: que adora el honor y está satisfecho con su propia virtud, que no se envanece por la buena fortuna ni se abate por la mala, que no conoce otro bien que el que es capaz de otorgarse a sí mismo, cuyo verdadero placer reside en despreciar los placeres. Si queréis seguir con esta digresión, podéis poner esta misma idea en muchas otras formas, sin perjudicar ni debilitar su significado: porque ¿qué nos impide decir que una vida feliz consiste en una mente libre, recta, imperturbable y firme, más allá de la influencia del miedo o del deseo, que no piensa en nada bueno excepto en el honor, y en nada malo excepto en la vergüenza, y que considera todo lo demás como una masa de detalles mezquinos que no pueden añadir ni quitar nada a la felicidad de la vida, sino que van y vienen sin aumentar ni disminuir el bien más elevado? Un hombre de estos principios, quiera o no,

debe ir acompañado de una alegría continua, de una elevada felicidad, que viene ciertamente de lo alto porque se deleita en lo que tiene, y no desea mayores placeres que los que le proporciona su hogar. ¿No tiene razón al permitir que éstos hagan girar la balanza contra los movimientos mezquinos, ridículos y efímeros de su miserable cuerpo? el día en que se vuelve a prueba del placer, se vuelve también a prueba del dolor. Ved, por otra parte, cuán mala y culpable es la esclavitud a la que se ve obligado a servir el hombre que es dominado a su vez por los placeres y los dolores, esos amos tan poco fiables y apasionados. Debemos, pues, escapar de ellos hacia la libertad. Esto no nos dará nada más que el desprecio de la fortuna; pero si lo logramos, entonces amanecerán sobre nosotros esas bendiciones inestimables, el reposo de una mente que está en un refugio seguro, sus imaginaciones elevadas, su gran y constante deleite al desechar los errores y aprender a conocer la verdad, su cortesía y su alegría, en todo lo cual nos deleitaremos, no considerándolas como cosas buenas, sino como procedentes del bien propio del hombre.

V

Ya que he comenzado a hacer mis definiciones sin una adhesión demasiado estricta a la letra, se puede llamar "feliz" a un hombre que, gracias a la razón, ha dejado de tener esperanza o miedo: pero las piedras tampoco sienten miedo ni tristeza, ni hacen el ganado, pero nadie llamaría felices a los que no pueden comprender lo que es la felicidad. Con ellos se puede clasificar a los hombres cuya naturaleza embotada y falta de conocimiento de sí mismos los reduce al nivel del ganado, meros animales: no hay diferencia entre unos y otros, porque los últimos no tienen razón, mientras que los primeros sólo tienen una forma corrompida de ella, torcida y astuta para su propio daño. Porque nadie puede ser llamado feliz que esté fuera de la influencia de la verdad: y por consiguiente una vida feliz es inmutable, y está fundada en un discernimiento verdadero y confiable; porque la mente está incontaminada y liberada de todos los males sólo cuando es capaz de escapar no sólo de las heridas sino también de los arañazos, cuando siempre será capaz de mantener la posición que ha tomado, y defenderla incluso contra los furiosos asaltos de la Fortuna: pues en cuanto a los placeres sensuales, aunque nos rodearan por todas partes y utilizaran todos los medios de asalto, tratando de ganarse la mente con caricias y ensayando todas las estratagemas imaginables para atraer a todo nuestro ser o a nuestras partes por separado, sin embargo, ¿qué mortal que conserve algún rastro de origen humano desearía que le hicieran cosquillas día y noche y, descuidando su mente, se dedicara a los goces corporales?

VI

"Pero", dice nuestro adversario, "la mente también tendrá placeres propios". Que los tenga, pues, y que juzgue el lujo y los placeres; que se entregue plenamente a todas las cosas que proporcionan deleites sensuales; que luego mire hacia atrás, hacia lo que disfrutó antes, y con todas esas sensualidades desvanecidas frescas en su memoria, que se regocije y mire ansiosamente hacia esos otros placeres que experimentó hace mucho tiempo, y que tiene la intención de experimentar de nuevo, y mientras el cuerpo yace en la impotente saciedad del presente, que envíe sus pensamientos hacia el futuro, y haga un balance de sus esperanzas: Todo esto lo hará parecer, en mi opinión, aún más desdichado, porque es una locura elegir el mal en lugar del bien: ahora bien, ningún loco puede ser feliz, y nadie puede estar cuerdo si considera lo que es perjudicial como el bien más elevado y se esfuerza por obtenerlo. El hombre feliz, por lo tanto, es aquel que puede hacer un juicio correcto en todas las cosas: es feliz quien en sus circunstancias actuales, cualesquiera que sean, está satisfecho y en términos amistosos con las condiciones de su vida. Es feliz aquel hombre cuya razón le recomienda toda la postura de sus asuntos.

VII

Hasta los mismos que declaran que el bien supremo está en el vientre, ven qué posición deshonrosa le han asignado: y por eso dicen que el placer no puede separarse de la virtud, y que nadie puede ni vivir honradamente sin vivir alegremente, ni tampoco vivir alegremente sin vivir honradamente. No veo cómo estos asuntos tan diferentes pueden tener alguna conexión entre sí. Por supuesto, la razón es que todas las cosas buenas tienen su origen en la virtud, y por lo tanto, incluso aquellas cosas que aprecias y buscas provienen originalmente de sus raíces. Sin embargo, si fueran totalmente inseparables, no veríamos que algunas cosas son agradables, pero no honrosas, y otras muy honrosas en verdad, pero difíciles y que sólo pueden alcanzarse mediante el sufrimiento. Añade a esto que el placer visita las vidas más bajas, pero la virtud no puede coexistir con una vida mala; sin embargo, algunas personas infelices no carecen de placer, es más, es debido al placer mismo que son infelices; y esto no podría tener lugar si el placer tuviera alguna conexión con la virtud, mientras que la virtud es a menudo sin placer, y nunca tiene necesidad de él. La virtud es una cualidad elevada, sublime, real, inconquistable, incansable; el placer es bajo, servil, débil, perecedero; sus lugares de residencia son el burdel y la taberna. Encontrarás a la virtud en el templo, en el mercado, en la casa del senado, vigilando las paredes, cubierta de polvo, quemada por el sol, con las manos calientes: encontrarás al placer merodeando fuera de la vista, buscando rincones sombreados en los baños públicos, en las cámaras calientes y en los lugares que temen las visitas del edil, suave, afeminado, apestando a vino y perfumes, pálido o tal vez pintado y maquillado con cosméticos. El bien supremo es inmortal: no conoce el fin, y no admite ni la saciedad ni el arrepentimiento: porque una mente rectamente pensante nunca se altera ni se hace odiosa a sí misma,

ni las mejores cosas sufren jamás cambio alguno: pero el placer muere en el mismo momento en que más nos encanta: no tiene gran alcance, y por eso pronto nos empalaga y cansa, y se desvanece tan pronto como termina su primer impulso: en efecto, no podemos depender de nada cuya naturaleza sea cambiar. En consecuencia, ni siquiera es posible que haya una sustancia sólida en aquello que va y viene tan rápidamente, y que perece por el propio ejercicio de sus funciones, pues llega a un punto en el que deja de ser, y aun cuando está comenzando siempre mantiene su fin a la vista.

VIII

¿Qué respuesta hemos de dar a la reflexión de que el placer pertenece por igual a los hombres buenos y a los malos, y que los malos se deleitan tanto en sus vergüenzas como los buenos en las cosas nobles? Por eso, los antiguos nos ordenaban llevar la vida más elevada, no la más placentera, para que el placer no fuera el guía, sino el compañero de una mente recta y honorable; pues es a la Naturaleza a quien debemos hacer nuestra guía: dejemos que nuestra razón la observe y se deje aconsejar por ella. Vivir felizmente, entonces, es lo mismo que vivir de acuerdo con la Naturaleza: qué puede ser esto, lo explicaré. Si guardamos los dones del cuerpo y las ventajas de la naturaleza con cuidado e intrepidez, como cosas que pronto se irán y que nos han sido dadas sólo por un día; si no caemos bajo su dominio, ni permitimos que nos conviertan en esclavos de lo que no es parte de nuestro propio ser; si asignamos a todos los placeres corporales y a los deleites externos la misma posición que ocupan los auxiliares y las tropas de armas ligeras en un campamento; si los hacemos nuestros sirvientes, no nuestros amos, entonces y sólo entonces son de valor para nuestras mentes. Un hombre debe ser imparcial y no dejarse conquistar por las cosas externas: debe admirarse sólo a sí mismo, sentir confianza en su propio espíritu, y ordenar su vida de tal manera que esté preparado tanto para la buena como para la mala fortuna. Que su confianza no sea sin conocimiento, ni su conocimiento sin firmeza: que se mantenga siempre en lo que ha determinado una vez, y que no haya borrones en sus doctrinas. Se entenderá, aunque no lo añada, que un hombre así será tranquilo y sereno en su conducta, de gran altura y cortés en sus acciones. Que la razón sea alentada por los sentidos a buscar la verdad, y a extraer de ella sus primeros principios: en efecto, no tiene otra base de operaciones o lugar de donde partir en busca de la verdad: debe

recurrir a sí misma. Incluso el universo que todo lo abarca y Dios, que es su guía, se extienden hacia el exterior y, sin embargo, regresan por todos lados a sí mismos. Dejemos que nuestra mente haga lo mismo: cuando, siguiendo sus sentidos corporales, se ha enviado por medio de ellos a las cosas del mundo exterior, dejemos que siga siendo su maestro y el suyo propio. De este modo obtendremos una fuerza y una capacidad unidas y aliadas, y obtendremos de ella esa razón que nunca se detiene entre dos opiniones, ni es torpe al formar sus percepciones, creencias o convicciones. Una mente así, cuando se ha ordenado a sí misma, ha hecho que sus diversas partes concuerden entre sí y, si se le permite expresarlo así, las ha armonizado, ha alcanzado el mayor bien: porque no le queda nada malo o peligroso, nada que la sacuda o la haga tropezar: Todo lo hará bajo la dirección de su propia voluntad, y no le ocurrirá nada inesperado, sino que todo lo que pueda hacer saldrá bien, y eso, además, fácil y rápidamente, sin que el hacedor tenga que recurrir a ningún artificio solapado: porque la acción lenta y vacilante es señal de discordia y de falta de propósito firme. Por lo tanto, puedes declarar sin temor a equivocarte que el mayor bien es la unidad de espíritu, pues donde hay acuerdo y unidad, allí deben estar las virtudes; son los vicios los que están en guerra unos con otros.

IX

"Pero", dice nuestro adversario, "tú mismo sólo practicas la virtud porque esperas obtener algún placer de ella". En primer lugar, aunque la virtud nos proporcione placer, no la buscamos por eso, pues no lo otorga, sino que lo otorga a cambio, ni es éste el fin por el que trabaja, sino que su trabajo también lo gana, aunque esté dirigido a otro fin. Como en un campo labrado, cuando se ara para el maíz, se encuentran algunas flores entre él, y sin embargo, aunque estos ramilletes puedan encantar a la vista, todo este trabajo no se gastó para producirlos; el hombre que sembró el campo tenía otro objeto en mente, ganó esto por encima de él, así el placer no es la recompensa o la causa de la virtud, sino que viene además de ella; ni elegimos la virtud porque nos da placer, sino que nos da placer también si la elegimos. El bien supremo está en el acto de elegirla, y en la actitud de las mentes más nobles, que cuando ha cumplido su función y se ha establecido dentro de sus propios límites ha alcanzado el bien supremo, y no necesita nada más: porque no hay nada fuera del todo, como tampoco hay nada más allá del fin. Te equivocas, por tanto, cuando me preguntas qué es lo que busco de la virtud: pues buscas algo por encima de lo más elevado. ¿Preguntas qué es lo que busco de la virtud? Respondo: A ella misma, pues no tiene nada mejor; ella es su propia recompensa. ¿No os parece esto bastante grande, cuando os digo que el bien más elevado es una fuerza de ánimo inquebrantable, la sabiduría, la magnanimidad, el buen juicio, la libertad, la armonía, la belleza? ¿Todavía me pides algo más grande, de lo cual estos pueden ser considerados como los atributos? ¿Por qué me hablas de placeres? Busco lo que es bueno para el hombre, no para su vientre; por qué, el ganado y las ballenas lo tienen más grande que él.

X

"Malinterpretas a propósito lo que digo", dice él, "pues yo también digo que nadie puede vivir placenteramente si no vive también honradamente, y esto no puede ser el caso de los animales mudos que miden la extensión de su felicidad por la de su comida. Proclamo en voz alta y públicamente que lo que yo llamo una vida placentera no puede existir sin la adición de la virtud." Sin embargo, ¿quién no sabe que los mayores tontos beben los placeres más profundos de los suyos? o que el vicio está lleno de placeres, y que la propia mente se sugiere a sí misma muchas formas pervertidas y viciosas de placer? -en primer lugar la arrogancia, el excesivo amor propio, la preponderancia fanfarrona sobre los demás hombres, una devoción miope, más aún, ciega, a sus propios intereses, el lujo disoluto, el deleite excesivo que surge de las causas más insignificantes e infantiles, y también la locuacidad, el orgullo que se complace en insultar a los demás, la pereza y la decadencia de una mente embotada que se duerme sobre sí misma. Todo esto es disipado por la virtud, que tira de la oreja al hombre, y mide el valor de los placeres antes de permitir que se usen; ni da mucha importancia a los que permite que pasen a la corriente, pues simplemente permite su uso, y su alegría no se debe a su uso, sino a su moderación en el uso. "Sin embargo, cuando la moderación disminuye el placer, perjudica el bien supremo". Tú te dedicas a los placeres, yo los controlo; tú te entregas al placer, yo lo uso; tú crees que es el bien más elevado, yo ni siquiera lo considero bueno: por el placer yo no hago nada, tú lo haces todo.

XI

Cuando digo que no hago nada por el placer, aludo a ese hombre sabio, al que sólo tú admites que es capaz de placer: ahora bien, no llamo sabio a un hombre que se deja vencer por nada, y menos por el placer: sin embargo, si está absorbido por el placer, ¿cómo resistirá el trabajo, el peligro, la necesidad y todos los males que rodean y amenazan la vida del hombre? ¿Cómo soportará la visión de la muerte o del dolor? ¿Cómo soportará el tumulto del mundo, y hará frente a tantos enemigos activos, si es conquistado por un antagonista tan afeminado? Hará lo que el placer le aconseje: pues, ¿no veis cuántas cosas le aconsejará hacer? "No podrá", dice nuestro adversario, "darle ningún mal consejo, porque está combinado con la virtud"? Además, ¿no ves qué pobre clase de bien supremo debe ser aquel que requiere un tutor para asegurar que sea bueno en absoluto? y ¿cómo va a gobernar la virtud el placer si lo sigue, viendo que seguir es el deber de un subordinado, gobernar el de un comandante? Según tu escuela, la virtud tiene el digno oficio de probador preliminar de los placeres. Sin embargo, veremos si la virtud sigue siendo virtud entre quienes la tratan con tanto desprecio, pues si abandona su puesto propio ya no puede conservar su nombre propio: mientras tanto, para ir al grano, te mostraré muchos hombres acosados por los placeres, hombres sobre los que la Fortuna ha derramado todos sus dones, a los que debes admitir que son malos. Mirad a Nomentanus y a Apicius, que digieren todas las cosas buenas, como ellos las llaman, del mar y de la tierra, y repasan sobre sus mesas todo el reino animal. Míralos mientras se recuestan en lechos de rosas regodeándose en su banquete, deleitando sus oídos con música, sus ojos con exhibiciones, sus paladares con sabores: todo su cuerpo es excitado con aplicaciones suaves y calmantes, y para que ni siquiera sus fosas nasales estén ociosas, el mismo lugar en el que

solemnizaron¹¹¹ los ritos del lujo está perfumado con varios perfumes. Diréis que estos hombres viven en medio de los placeres. Sin embargo, están mal, porque se complacen en lo que no es bueno.

XII

"Están mal parados", responde él, "porque surgen muchas cosas que distraen sus pensamientos, y sus mentes están inquietas por opiniones conflictivas." Admito que esto es cierto: sin embargo, estos mismos hombres, necios, inconsistentes y seguros de sentir remordimientos como son, reciben, no obstante, un gran placer, y debemos admitir que al hacerlo están tan lejos de sentir alguna molestia como de formarse un juicio correcto, y que, como es el caso de muchas personas, están poseídos por una alegre locura, y ríen mientras deliran. Los placeres de los sabios, por el contrario, son suaves, decorosos, rayanos en la torpeza, mantenidos bajo control y apenas perceptibles, y no son invitados a venir ni recibidos con honor cuando llegan por su propia voluntad, ni son acogidos con ningún deleite por aquellos a quienes visitan, que los mezclan con sus vidas y llenan con ellos los espacios vacíos, como una farsa divertida en los intervalos de los asuntos serios. Que no sigan, pues, uniendo asuntos incongruentes, ni relacionando el placer con la virtud, error por el que cortejan a los peores hombres. El imprudente despilfarrador, siempre en licor y eructando los vapores del vino, cree que vive con la virtud, porque sabe que vive con el placer, ya que oye decir que el placer no puede existir aparte de la virtud; en consecuencia, apoda sus vicios con el título de sabiduría y hace alarde de todo lo que debería ocultar. Así, los hombres no son alentados por Epicuro a desenfrenarse, sino que los viciosos esconden sus excesos en el regazo de la filosofía, y acuden a las escuelas en las que oyen las alabanzas del placer. No consideran cuán sobrio y templado -pues así, por Hércules, creo que es- es el "placer" de Epicuro, sino que se abalanzan sobre su mero nombre, buscando obtener alguna protección y manto para sus vicios. Pierden, por tanto, la única virtud que poseía su mala vida, la de avergonzarse de hacer el mal: pues alaban lo que antes se

avergonzaban y se jactan de sus vicios. Así, la modestia no puede reafirmarse nunca, cuando la ociosidad vergonzosa se dignifica con un nombre honorable. La razón por la que los elogios que vuestra escuela prodiga al placer son tan perjudiciales, es porque la parte honorable de su enseñanza pasa desapercibida, pero la parte degradante es vista por todos.

XIII

Yo mismo creo, aunque mis camaradas estoicos no quieran oírme decir esto, que la enseñanza de Epicuro era recta y santa, e incluso, si se examina con detenimiento, severa: pues lo mucho que se habla del placer se reduce a un ámbito muy estrecho, y él pide al placer que se someta a la misma ley que nosotros pedimos a la virtud, es decir, que obedezca a la naturaleza. El lujo, sin embargo, no se conforma con lo que le basta a la naturaleza. ¿Cuál es la consecuencia? Quien piensa que la felicidad consiste en la pereza, y en las alternancias de la gula y el despilfarro, requiere un buen patrón para una mala acción, y cuando se ha convertido en epicúreo, habiendo sido llevado a ello por el atractivo nombre de esa escuela, sigue, no el placer del que allí se habla, sino el que llevó consigo, y, habiendo aprendido a pensar que sus vicios coinciden con las máximas de esa filosofía, se entrega a ellos ya no tímidamente y en rincones oscuros, sino audazmente a la vista del día. No diré, pues, como la mayoría de nuestra escuela, que la secta de Epicuro es maestra del crimen, sino que lo que digo es: se habla mal de ella, tiene mala fama, y sin embargo no la merece. "¿Quién puede saber esto sin haber sido admitido en sus misterios interiores?" Su mismo exterior da ocasión al escándalo, y alienta los más bajos deseos de los hombres: es como un valiente vestido con un traje de mujer: su castidad está asegurada, su virilidad está a salvo, su cuerpo no está sometido a nada vergonzoso, pero su mano sostiene un tambor (como un sacerdote de Cibele). Escoge, pues, alguna inscripción honorable para tu escuela, alguna escritura que en sí misma despierte la mente: la que actualmente está sobre tu puerta ha sido inventada por los vicios. El que se sitúa en el lado de la virtud da con ello una prueba de su noble disposición; el que sigue el placer parece débil, desgastado, degradando su hombría, susceptible de caer en vicios infames, a no ser que alguien

discrimine sus placeres por él, para que sepa cuáles permanecen dentro de los límites del deseo natural, cuáles son frenéticos e ilimitados, y se vuelven tanto más insaciables cuanto más se satisfacen. Pero, ¡vamos! dejemos que la virtud nos guíe en el camino: entonces cada paso será seguro. El exceso de placer es perjudicial, pero con la virtud no hay que temer ningún tipo de exceso, porque la moderación está contenida en la propia virtud. Lo que se daña por su propia extensión no puede ser algo bueno: además, ¿qué mejor guía puede haber que la razón para los seres dotados de una naturaleza razonadora? así que si esta combinación te agrada, si estás dispuesto a proceder a una vida feliz así acompañado, deja que la virtud guíe el camino, deja que el placer siga y cuelgue alrededor del cuerpo como una sombra: es la parte de una mente incapaz de grandes cosas entregar la virtud, la más alta de todas las cualidades, como una sierva del placer.

XIV

Dejemos que la virtud dirija el camino y lleve el estandarte: tendremos el placer por todo ello, pero seremos sus amos y controladores; puede ganar algunas concesiones de nosotros, pero no nos obligará a hacer nada. Por el contrario, los que han permitido que el placer dirija la marcha, no tienen ni lo uno ni lo otro: pues pierden por completo la virtud, y sin embargo no poseen el placer, sino que son poseídos por él, y se ven torturados por su ausencia o ahogados por su exceso, siendo desdichados si son abandonados por él, y más desdichados aún si son abrumados por él, como los que se ven atrapados en los bancos de arena del Syrtes y en un momento se quedan en tierra firme y en otro son arrojados por las olas que fluyen. Esto surge de una exagerada falta de autocontrol, y de un oculto amor al mal: pues es peligroso que quien busca el mal en lugar del bien alcance su objeto. Así como se cazan fieras con trabajo y peligro, y aun cuando se las atrapa se las encuentra como una posesión angustiosa, pues a menudo hacen pedazos a sus guardianes, así también son los grandes placeres: resultan ser grandes males y hacen prisioneros a sus dueños. Cuanto más numerosos y más grandes son, más inferior y esclavo de más amos se vuelve ese hombre que el vulgo llama hombre feliz. Puedo incluso llevar esta analogía más lejos: como el hombre que rastrea animales salvajes hasta sus guaridas, y que pone gran empeño en...

"Buscando con trampas a los brutos errantes para atarlos,"

y

"Haciendo que sus sabuesos rodeen el espacioso claro,"

para seguir sus huellas, descuida cosas mucho más deseables y deja muchos deberes sin cumplir, así el que persigue el placer lo pospone todo a él, descuida lo primero esencial, la libertad, y lo sacrifica a su vientre; ni compra el placer para sí mismo, sino que se vende al placer.

XV

"¿Pero qué -pregunta nuestro adversario- se opone a que la virtud y el placer se combinen juntos, y se forme así un bien supremo, para que el honor y el placer sean la misma cosa?" Porque nada, excepto lo que es honorable, puede formar parte del honor, y el bien supremo perdería su pureza si viera en sí mismo algo distinto de su propia parte mejor. Incluso la alegría que surge de la virtud, aunque sea algo bueno, no es parte del bien absoluto, como tampoco lo son la alegría o la paz mental, que son ciertamente cosas buenas, pero que simplemente siguen al bien supremo, y no contribuyen a su perfección, aunque son generadas por las causas más nobles. Quien, por el contrario, forma una alianza, y además unilateral, entre la virtud y el placer, obstruye cualquier fuerza que la una pueda poseer por la debilidad de la otra, y envía a la libertad bajo el yugo, pues la libertad sólo puede permanecer invicta mientras no conozca nada más valioso que ella misma: pues comienza a necesitar la ayuda de la Fortuna, que es la más absoluta esclavitud: su vida se vuelve ansiosa, llena de sospechas, timorata, temerosa de los accidentes, esperando con agonía los momentos críticos del tiempo. No se proporciona a la virtud una base sólida e inamovible si se le pide que se apoye en lo que es inestable: ¿y qué puede ser tan inestable como depender del mero azar, y de las vicisitudes del cuerpo y de las cosas que actúan sobre el cuerpo? ¿Cómo puede un hombre así obedecer a Dios y recibir todo lo que sucede con un espíritu alegre, sin quejarse nunca de la suerte y dando una buena interpretación a todo lo que le sucede, si se agita por los pequeños pinchazos de los placeres y los dolores? Un hombre no puede ser un buen protector de su país, un buen vengador de sus males, o un buen defensor de sus amigos, si se inclina por los placeres. Que el bien supremo, pues, se eleve a esa altura de la que ninguna fuerza puede desalojarlo, a

la que no pueden ascender ni el dolor, ni la esperanza, ni el miedo, ni ninguna otra cosa que pueda menoscabar la autoridad del "bien supremo". Sólo la virtud puede abrirse camino: con su ayuda hay que escalar esa colina: se mantendrá valientemente en pie y soportará lo que le pueda ocurrir no sólo con resignación, sino incluso con voluntad: sabrá que todos los momentos difíciles vienen en obediencia a las leyes naturales, y como un buen soldado soportará las heridas, contará las cicatrices, y cuando esté traspasado y moribundo aún adorará al general por el que cae: tendrá presente la vieja máxima: "Sigue a Dios". Por otra parte, el que refunfuña, se queja y se lamenta, se ve sin embargo obligado a obedecer órdenes, y es arrastrado, aunque sea contra su voluntad, a cumplirlas: pero ¿qué locura es ser arrastrado en lugar de seguir? tan grande, por Hércules, como lo es la necedad y la ignorancia de la verdadera posición de cada uno el afligirse porque no se ha conseguido algo o porque algo nos ha causado un trato áspero, o el sorprenderse o indignarse por esos males que les ocurren tanto a los hombres buenos como a los malos, me refiero a las enfermedades, a las muertes, a los males y a los demás accidentes cruzados de la vida humana. Soportemos con magnanimidad lo que el sistema del universo nos obliga a soportar: todos estamos obligados por este juramento: "Soportar los males de la vida mortal, y someternos con buena gracia a lo que no podemos evitar". Hemos nacido en una monarquía: nuestra libertad es obedecer a Dios.

XVI

La verdadera felicidad, por tanto, consiste en la virtud: ¿y qué te pedirá esta virtud? No pensar en nada malo o bueno que no esté relacionado ni con la virtud ni con la maldad: y en segundo lugar, tanto soportar impasible los asaltos del mal, como, en la medida de lo posible, formar un dios de lo que es bueno. ¿Qué recompensa te promete por esta campaña? Una enorme, y que te eleva al nivel de los dioses: no estarás sujeto a ninguna restricción ni a ninguna carencia; serás libre, seguro, ileso; no fracasarás en nada de lo que intentes; no estarás excluido de nada; todo saldrá según tu deseo; no te ocurrirá ninguna desgracia; no te sucederá nada excepto lo que esperas y deseas. "¿Qué? ¿Sólo la virtud basta para hacerte feliz?" Pues, por supuesto, una virtud consumada y divina como ésta no sólo basta, sino que es más que suficiente: porque cuando un hombre está colocado fuera del alcance de cualquier deseo, ¿qué puede faltarle? si todo lo que necesita está concentrado en sí mismo, ¿cómo puede requerir algo de fuera? En cambio, el que sólo está en el camino de la virtud, aunque haya hecho grandes progresos en él, necesita, sin embargo, algún favor de la Fortuna mientras se debate entre meros intereses humanos, mientras desata ese nudo y todos los lazos que le atan a la mortalidad. ¿Cuál es, pues, la diferencia entre unos y otros? Es que unos están atados más o menos fuertemente por estos lazos, y algunos incluso se han atado con ellos también; mientras que el que ha progresado hacia las regiones superiores y se ha elevado arrastra una cadena más floja, y aunque todavía no es libre, es como si lo fuera.

XVII

Si alguno de esos perros que chillan a la filosofía dijera, como suelen hacerlo: "¿Por qué, pues, habláis con más valentía de la que vivís? ¿Por qué frenáis vuestras palabras en presencia de vuestros superiores y consideráis el dinero como un instrumento necesario? ¿Por qué haces caso a los rumores y te molestan las habladurías? ¿Por qué tu hacienda está más elaborada de lo que requiere su uso natural? ¿Por qué no cenas según tus propias máximas? ¿Por qué tus muebles son más elegantes de lo necesario? ¿Por qué bebes un vino más viejo que tú? ¿Por qué plantáis árboles que no dan más que sombra? ¿Por qué vuestra mujer lleva en las orejas el precio de la casa de un rico? ¿Por qué vuestros hijos van a la escuela vestidos con ropas costosas? ¿Por qué es una ciencia serviros en la mesa? ¿Por qué vuestra vajilla de plata no está puesta de cualquier manera o al azar, sino hábilmente dispuesta en orden regular, con un superintendente que preside el tallado de las viandas?" Añade a esto, si quieres, las preguntas "¿Por qué posees propiedades allende los mares? ¿Por qué posees más de lo que sabes? es una vergüenza para ti no conocer a tus esclavos de vista: porque debes ser muy negligente con ellos si sólo posees unos pocos, o muy extravagante si tienes demasiados para que tu memoria los retenga." Después añadiré algunos reproches, y traeré más acusaciones contra mí mismo de las que piensas: por el momento te haré la siguiente respuesta. "No soy un hombre sabio, y no lo seré para alimentar tu rencor: así que no me exijas que me ponga al nivel de los mejores hombres, sino que me limite a ser mejor que los peores: me doy por satisfecho, si cada día quito algo a mis vicios y corrijo mis defectos. No he llegado a la perfecta solidez mental, es más, nunca llegaré a ella: Me compongo de paliativos más que de remedios para mi gota, y me doy por satisfecho si se presenta a intervalos más raros, y no se dispara tan

dolorosamente. Comparado con tus pies, que son cojos, yo soy un corredor". Hago este discurso, no en mi nombre, pues estoy empapado de vicios de todo tipo, sino en nombre de alguien que ha hecho algún progreso en la virtud.

XVIII

"Hablas de una manera", objeta nuestro adversario, "y vives de otra". Tú, la más rencorosa de las criaturas, tú que siempre muestras el odio más amargo a los mejores hombres, este reproche fue lanzado a Platón, a Epicuro, a Zenón: pues todos ellos declararon cómo debían vivir, no cómo vivían. Hablo de la virtud, no de mí mismo, y cuando culpo a los vicios, culpo a los míos en primer lugar: cuando tenga el poder, viviré como debo hacerlo: el rencor, aunque esté profundamente impregnado de veneno, no me apartará de lo que es mejor: ese mismo veneno con el que salpican a los demás, con el que se ahogan ustedes mismos, no me impedirá seguir alabando esa vida que, de hecho, no llevo, pero que sé que debo llevar, de amar la virtud y de seguirla, aunque sea a gran distancia y con paso vacilante. ¿Debo esperar que el mal hablar respete algo, viendo que no respetó ni a Rutilio ni a Catón? ¿Le importará a alguien ser considerado demasiado rico por hombres para los que Diógenes el Cínico no era lo suficientemente pobre? Aquel enérgico filósofo luchó contra todos los deseos del cuerpo, y fue más pobre aún que los demás cínicos, pues además de haber renunciado a poseer nada, también había renunciado a pedir nada; sin embargo, le reprocharon que no estaba suficientemente necesitado, como si fuera la pobreza, y no la virtud, lo que él profesaba conocer.

XIX

Dicen que Diodoro, el filósofo epicúreo, que en estos últimos días puso fin a su vida con su propia mano, no actuó según los preceptos de Epicuro, al cortarse el cuello: Algunos optan por considerar este acto como el resultado de la locura, otros de la imprudencia; él, mientras tanto, feliz y lleno de la conciencia de su propia bondad, ha dado testimonio de sí mismo por su manera de partir de la vida, ha elogiado el reposo de una vida pasada anclada en un puerto seguro, y ha dicho lo que no te gusta oír, porque tú también deberías hacerlo.

"He vivido, he corrido la carrera que la Fortuna me impuso".

Discutes sobre la vida y la muerte de otro, y gritas al oír el nombre de hombres a los que alguna cualidad peculiarmente noble ha engrandecido, como lo hacen los cursis diminutos al acercarse a los extraños: porque te interesa que nadie parezca bueno, como si la virtud en otro fuera un reproche a todos tus crímenes. Comparas con envidia las glorias de los demás con tus propias acciones sucias, y no comprendes en qué medida te perjudica aventurarte a hacerlo: porque si los que siguen la virtud son codiciosos, lujuriosos y aficionados al poder, ¿qué debes ser tú, que odias el mismo nombre de la virtud? Decís que nadie actúa a la altura de sus profesiones, ni vive según la norma que establece en sus discursos: qué maravilla, viendo que las palabras que pronuncian son valientes, gigantescas y capaces de capear todas las tormentas que hacen naufragar a la humanidad, mientras que ellos mismos se

esfuerzan por arrancarse de las cruces en las que cada uno de vosotros clava su propio clavo. Sin embargo, los hombres que son crucificados cuelgan de un solo palo, pero estos que se castigan a sí mismos están divididos entre tantas cruces como lujurias tienen, y sin embargo son dados a hablar mal, y son tan magníficos en su desprecio de los vicios de los demás que yo supondría que no tienen ninguno propio, si no fuera porque algunos criminales cuando están en la horca escupen a los espectadores.

XX

"Los filósofos no llevan a efecto todo lo que enseñan". No; pero hacen mucho bien con su enseñanza, con los nobles pensamientos que conciben en sus mentes: ojalá pudieran actuar a la altura de sus palabras: ¿qué podría ser más feliz que ellos? pero mientras tanto no tenéis derecho a despreciar los buenos dichos y los corazones llenos de buenos pensamientos. Los hombres merecen ser alabados por dedicarse a estudios provechosos, aunque no lleguen a producir ningún resultado. ¿Por qué hemos de asombrarnos si los que comienzan a subir un camino escarpado no logran ascenderlo muy alto? Sin embargo, si eres hombre, mira con respeto a los que intentan grandes cosas, aunque se caigan. Es el acto de un espíritu generoso el de proporcionar sus esfuerzos, no a su propia fuerza, sino a la de la naturaleza humana, el de entretener objetivos elevados, y el de concebir planes que son demasiado vastos para ser llevados a cabo incluso por aquellos que están dotados de intelectos gigantescos, que designan para sí mismos las siguientes reglas: "Miraré a la muerte o a una comedia con la misma expresión de semblante: Me someteré a los trabajos, por grandes que sean, apoyando la fuerza de mi cuerpo en la de mi mente: Despreciaré las riquezas tanto cuando las tenga como cuando no las tenga; si están en otra parte no seré más sombrío, si brillan a mi alrededor no seré más vivo de lo que debería ser: si la fortuna viene o se va no le haré caso: Veré todas las tierras como si me pertenecieran, y las mías como si pertenecieran a toda la humanidad: viviré recordando que nací para los demás, y daré gracias a la Naturaleza por ello: porque ¿de qué manera podría haber hecho algo mejor por mí? me ha dado solo a todos, y todos solo a mí. Todo lo que posea, no lo acumularé con avidez ni lo despilfarraré con imprudencia. Pensaré que no tengo posesiones tan reales como las que he regalado a personas que lo merecen: No

consideraré los beneficios por su magnitud o número, ni por nada que no sea el valor que les da el receptor: Nunca consideraré que un regalo es grande si se otorga a un objeto digno. No haré nada por la opinión pública, sino todo por la conciencia: siempre que haga algo solo, creeré que los ojos del pueblo romano están sobre mí mientras lo hago. Al comer y beber mi objeto será saciar los deseos de la naturaleza, no llenar y vaciar mi vientre. Seré agradable con mis amigos, gentil y suave con mis enemigos: concederé el perdón antes de que me lo pidan, y cumpliré los deseos de los hombres honorables a medias: Tendré en cuenta que el mundo es mi ciudad natal, que sus gobernantes son los dioses, y que están por encima y alrededor de mí, criticando todo lo que hago o digo. Cuando la naturaleza me exija de nuevo el aliento, o la razón me pida que lo deseche, dejaré esta vida, llamando a todos a atestiguar que he amado la buena conciencia, y los buenos oficios; que la libertad de nadie, y la mía menos, se ha visto mermada por mi culpa." El que establece estas reglas de su vida se elevará y se esforzará por abrirse camino hacia los dioses: en verdad, aunque fracase, sin embargo

"Fracasa en una gran empresa". 112

Pero tú, que odias tanto la virtud como a los que la practican, no haces nada de lo que debamos sorprendernos, pues las luces enfermizas no soportan el sol, las criaturas nocturnas evitan el brillo del día, y en su primer amanecer se desconciertan y se refugian todas juntas en sus guaridas: las criaturas que temen la luz se esconden en las grietas. Así que graznad, y ejercitad vuestras miserables lenguas en reprochar a los hombres buenos: abrid bien vuestras mandíbulas, morded con fuerza: romperéis muchos dientes antes de hacer alguna impresión.

XXI

"¿Pero cómo es que este hombre estudia filosofía y sin embargo vive la vida de un rico? ¿Por qué dice que la riqueza debe ser despreciada y, sin embargo, la posee; que la vida debe ser despreciada y, sin embargo, vive; que la salud debe ser despreciada y, sin embargo, la guarda con el mayor cuidado y desea que sea lo mejor posible? ¿Considera que el destierro es un nombre vacío, y dice: "¿Qué mal hay en cambiar un país por otro?", y sin embargo, si se le permite, no envejece en su tierra natal? ¿Declara que no hay diferencia entre un tiempo más largo y uno más corto, y sin embargo, si no se le impide, alarga su vida y florece en una verde vejez?" Su respuesta es que estas cosas deben ser despreciadas, no para que no las posea, sino para que no las posea con temor y temblor: no las aleja de él, sino que cuando le abandonan las sigue despreocupadamente. ¿Dónde, en efecto, puede la Fortuna invertir las riquezas con más seguridad que en un lugar desde el que siempre se pueden recuperar sin ninguna disputa con su depositario? Marco Catón, cuando alababa a Curio y a Coruncanio y a aquel siglo en el que la posesión de unas pequeñas monedas de plata era un delito castigado por el censor, poseía él mismo cuatro millones de sestercios; una fortuna menor, sin duda, que la de Craso, pero mayor que la de Catón el censor. Si se comparan las cantidades, había superado a su bisabuelo más de lo que él mismo fue superado por Craso, y si le hubieran tocado riquezas aún mayores, no las habría despreciado: porque el hombre sabio no se considera indigno de ningún regalo fortuito: no ama las riquezas, sino que prefiere tenerlas; no las recibe en su espíritu, sino sólo en su casa; tampoco desecha lo que ya posee, sino que lo conserva, y está dispuesto a que su virtud reciba una materia más amplia para su ejercicio.

XXII

Quién puede dudar, sin embargo, que el sabio, si es rico, tiene un campo más amplio para el desarrollo de sus facultades que si es pobre, viendo que en este último caso la única virtud que puede desplegar es la de no pervertirse ni aplastarse por su pobreza, mientras que si tiene riquezas, tendrá un amplio campo para la exhibición de la templanza, la generosidad, la laboriosidad, la ordenación metódica y la grandeza. El hombre sabio no se despreciará a sí mismo, por muy bajo que sea de estatura, pero deseará ser alto: aunque sea débil y tuerto puede tener buena salud, pero preferirá tener fuerza corporal, y eso, sabiendo al mismo tiempo que tiene algo que es aún más poderoso: Soportará la enfermedad y esperará tener buena salud: porque algunas cosas, aunque sean insignificantes comparadas con la suma total, y aunque se puedan quitar sin destruir el bien principal, añaden algo a esa alegría constante que surge de la virtud. Las riquezas alientan y alegran a un hombre así como un marinero se alegra de un viento favorable que lo lleva en su camino, o como la gente siente placer por un buen día o por un lugar soleado en el tiempo frío. ¿Qué hombre sabio, quiero decir de nuestra escuela, cuyo único bien es la virtud, puede negar que incluso estos asuntos que no llamamos ni buenos ni malos tienen en sí mismos un cierto valor, y que algunos de ellos son preferibles a otros? a algunos de ellos les mostramos cierto respeto, y a otros mucho. No te equivoques, pues: las riquezas pertenecen a la clase de las cosas deseables. "¿Por qué entonces", decís, "os reís de mí, ya que las colocáis en la misma posición que yo?". ¿Quieres saber cuán diferente es la posición en la que las colocamos? Si mis riquezas me abandonan, no se llevarán con ellas nada más que a sí mismas: tú estarás desconcertado y te parecerá que te quedas sin ti mismo si te abandonan: para mí las riquezas ocupan un lugar determinado,

pero para ti ocupan el lugar más alto de todos. En fin, mis riquezas me pertenecen a mí, tú a tus riquezas.

XXIII

Deja, pues, de prohibir a los filósofos que posean dinero: nadie ha condenado a la sabiduría a la pobreza. El filósofo puede poseer amplias riquezas, pero no poseerá riquezas que hayan sido arrancadas a otro, o que estén manchadas con la sangre de otro: las tuyas deben ser obtenidas sin agraviar a ningún hombre, y sin que sean ganadas por medios viles; deben ser tanto obtenidas como gastadas honorablemente, y deben ser tales que sólo el rencor pueda sacudir la cabeza. Si se eleva a la cifra que se quiera, seguirá siendo una posesión honorable, si, aunque incluye mucho de lo que a todo hombre le gustaría llamar suyo, no hay nada que nadie pueda decir que es suyo. Un hombre así no perderá su derecho al favor de la Fortuna, y no se vanagloriará de su herencia ni se avergonzará de ella si fue adquirida honorablemente: sin embargo, tendrá algo de lo que presumir, si abre su casa, deja que todos sus paisanos entren en su propiedad, y dice: "Si alguien reconoce aquí algo que le pertenece, que lo tome." ¡Qué gran hombre, qué excelentemente rico será, si después de este discurso posee tanto como antes! Digo, pues, que si puede someter con seguridad y confianza sus cuentas al escrutinio del pueblo, y nadie encuentra en ellas ningún elemento sobre el que pueda poner la mano, tal hombre puede disfrutar audazmente y sin tapujos de sus riquezas. El hombre sabio no permitirá que un solo centavo mal ganado atravesase su umbral; sin embargo, no rechazará ni cerrará su puerta a las grandes riquezas, si son el regalo de la fortuna y el producto de la virtud: qué razón tiene para negarles buenos cuartos: que vengan y sean sus huéspedes: no hará alarde de ellas ni las ocultará: lo primero es parte de un espíritu tonto, lo otro de un espíritu cobarde y mezquino, que, por así decirlo, amortigua una cosa buena en su regazo. Tampoco, como dije antes, los echará de

su casa: pues, ¿qué dirá? ¿dirá: "Son inútiles", o "no sé usar las riquezas"? Como es capaz de realizar un viaje por su propio pie, pero prefiere montar en un carruaje, así será capaz de ser pobre, pero deseará ser rico; poseerá riquezas, pero las considerará como una posesión incierta que algún día se le escapará. No permitirá que sea una carga ni para él ni para nadie: la dará -¿por qué aguzas los oídos? ¿por qué abres los bolsillos?- la dará a los hombres buenos o a aquellos a los que pueda convertir en hombres buenos. Lo dará después de haberse esmerado en elegir a los más aptos para recibirlo, como corresponde a quien tiene presente que debe dar cuenta de lo que gasta y de lo que recibe. Dará por razones buenas y encomiables, porque un regalo mal dado cuenta como una pérdida vergonzosa: tendrá un bolsillo fácilmente abierto, pero no uno con un agujero, para que se pueda sacar mucho de él, pero no se caiga nada.

XXIV

El que cree que dar es un asunto fácil, se equivoca: ofrece muy grandes dificultades, si otorgamos nuestra generosidad racionalmente, y no la esparcimos impulsivamente y al azar. Hago un servicio a este hombre, para corresponder a una buena acción que me ha hecho aquel: A este otro le ayudo porque le compadezco; a este otro le enseño que no es un objeto adecuado para que la pobreza lo retenga o lo degrade. A algunos hombres no les daré nada, aunque estén necesitados, porque, aunque les dé, seguirán estando necesitados: Ofreceré mi generosidad a algunos, y la impondré a la fuerza a otros: No puedo descuidar mis propios intereses mientras hago esto: en ningún momento hago que más personas estén en deuda conmigo que cuando estoy regalando cosas. "¿Qué?", diréis, "¿dáis para poder recibir de nuevo?". En todo caso, no doy para tirar mi generosidad: lo que doy debe estar colocado de tal manera que, aunque no pueda pedir su devolución, me sea devuelto. Un beneficio debe ser invertido de la misma manera que un tesoro enterrado en las profundidades de la tierra, que no desenterrarías a menos que estés realmente obligado. ¿Qué oportunidades de otorgar beneficios ofrece la mera casa de un hombre rico, pues quién considera que el comportamiento generoso se debe sólo a los que llevan la toga? La naturaleza me pide que haga el bien a los hombres; ¿qué diferencia hay entre que sean esclavos o libres, nacidos libres o emancipados, o que su libertad haya sido adquirida legalmente o concedida por acuerdo entre amigos? Dondequiera que haya un ser humano, hay una oportunidad para un beneficio: en consecuencia, el dinero puede ser distribuido incluso dentro del propio umbral, y se puede encontrar allí un campo para la práctica de la gratuidad, que no se llama así porque sea nuestro deber hacia los hombres libres, sino porque se origina en una mente nacida libre. En el caso del hombre

sabio, esto nunca cae en receptores viles e indignos, y nunca se agota tanto como para no fluir, siempre que encuentra un objeto digno, como si su reserva no hubiera disminuido. Por lo tanto, no tienes motivos para malinterpretar el lenguaje honorable, valiente y animoso que oyes de los que estudian la sabiduría: y ante todo observa esto, que no es lo mismo un estudiante de la sabiduría que un hombre que se ha perfeccionado en ella. El primero os dirá: "En mi charla expreso los sentimientos más admirables, pero todavía me debato entre innumerables males. No debéis obligarme a actuar según mis reglas: en este momento estoy formándome, moldeando mi carácter y esforzándome por elevarme a la altura de un gran ejemplo. Si alguna vez logro llevar a cabo todo lo que me he propuesto, puedes exigir entonces que mis palabras y mis actos se correspondan." Pero quien ha llegado a la cima de la perfección humana tratará de otra manera contigo, y dirá: "En primer lugar, no tienes por qué permitirte juzgar a tus superiores"; ya he obtenido una prueba de mi rectitud al haberme convertido en objeto de la antipatía de los hombres malos; sin embargo, para darte una respuesta racional, que no envidio a nadie, escucha lo que declaro, y a qué precio valoro todas las cosas. Las riquezas, digo, no son una cosa buena; porque si lo fueran, harían buenos a los hombres: ahora bien, como lo que se encuentra incluso entre los hombres malos no puede calificarse de bueno, no permito que se les llame así: sin embargo, admito que son deseables y útiles y que contribuyen con grandes comodidades a nuestra vida.

XXV

Aprende, pues, ya que ambos estamos de acuerdo en que son deseables, cuál es mi razón para contarlas entre las cosas buenas, y en qué aspectos me comportaría de manera diferente contigo si las poseyera. Colócame como amo en la casa de un hombre muy rico: colócame donde el oro y la plata se usan para los fines más comunes; no pensaré más en mí por cosas que, aunque estén en mi casa, no forman parte de mí. Llévame al puente de madera¹¹³ y ponme allí entre los mendigos: no me despreciaré por estar sentado entre los que extienden la mano para pedir limosna: pues ¿qué puede importar la falta de un trozo de pan a quien no le falta el poder de morir? ¿Y bien? Prefiero la casa magnífica al puente del mendigo. Colocadme entre magníficos muebles y todos los aparatos del lujo: no me creeré más feliz porque mi manto sea suave, porque mis invitados descansen sobre la púrpura. Cambiad el escenario: No me sentiré más miserable si mi cansada cabeza descansa sobre un fardo de heno, si me acuesto sobre un cojín del circo, con todo el relleno a punto de salir a través de sus parches de tela raída. ¿Entonces? Prefiero, en lo que respecta a mis sentimientos, mostrarme en público vestido de lana y con ropas de oficina, antes que con los hombros desnudos o medio cubiertos: Quisiera que todos los asuntos de cada día salieran como yo quisiera, y que nuevas felicitaciones siguieran constantemente a las anteriores: sin embargo, no me enorgulleceré de esto: cambiar toda esta buena fortuna por su contrario, dejar que mi espíritu se distraiga con pérdidas, penas, diversos tipos de ataques: no dejar que pase ninguna hora sin alguna disputa: No por ello, aunque acosado por las mayores miserias, me llamaré el más miserable de los seres, ni maldeciré ningún día en particular, pues me he cuidado de no tener días desafortunados. ¿Cuál es, pues, el resultado de todo esto? Es que prefiero tener que regular las alegrías que ahogar

las penas. El gran Sócrates te diría lo mismo. "Hazme", diría, "el conquistador de todas las naciones: deja que el voluptuoso carro de Baco me lleve en triunfo a Tebas desde la salida del sol: deja que los reyes de los persas reciban leyes de mí: sin embargo, me sentiré un hombre en el mismo momento en que todos alrededor me saluden como un Dios". Conecta enseguida esta elevada altura con una caída de cabeza en la desgracia: que me coloquen en un carro extranjero para que pueda adornar el triunfo de un conquistador orgulloso y salvaje: Seguiré el carro de otro sin más humildad que la que mostré cuando estuve en el mío. ¿Y entonces qué? A pesar de todo esto, prefiero ser un conquistador que un cautivo. Desprecio todo el dominio de la Fortuna, pero aun así, si me dieran a elegir, escogería sus mejores partes. Haré que lo que me ocurra se convierta en algo bueno, pero prefiero que lo que me ocurra sea cómodo y agradable y que no me cause molestias: porque no hay que suponer que ninguna virtud exista sin trabajo, pero algunas virtudes necesitan espuelas, mientras que otras necesitan el freno." Así como tenemos que frenar nuestro cuerpo en un camino descendente, y urgirlo a subir uno empinado; así también el camino de algunas virtudes lleva cuesta abajo, el de otras cuesta arriba. ¿Podemos dudar de que la paciencia, el valor, la constancia y todas las demás virtudes que tienen que encontrar una fuerte oposición y pisotear la fortuna bajo sus pies, están subiendo, luchando, ganando su camino en una subida empinada? ¿Por qué no es igualmente evidente que la generosidad, la moderación y la dulzura se deslizan fácilmente cuesta abajo? Con esta última debemos retener nuestro espíritu, para que no huya con nosotros; con la primera debemos impulsarla y espolearla. Debemos, pues, aplicar a la pobreza estas virtudes enérgicas y combativas, y a la riqueza aquellas otras más ahorrativas que tropiezan ligeramente y sólo soportan su propio peso. Siendo esta la distinción entre ellas, preferiría tener que ocuparme de las que puedo practicar con relativa tranquilidad, que de aquellas de las que sólo se puede hacer prueba con sangre y sudor. "Por eso", dice el sabio, "no hablo de una manera y vivo de otra: pero no entendéis bien lo que

digo: sólo el sonido de mis palabras llega a vuestros oídos, no intentáis averiguar su significado."

XXVI

"¿Qué diferencia hay, pues, entre yo, que soy un necio, y tú, que eres un sabio?" "Toda la diferencia del mundo: porque las riquezas son esclavas en la casa de un sabio, pero dueñas en la de un necio. Tú te acostumbras a ellas y te aferras a ellas como si alguien te hubiera prometido que serían tuyas para siempre, pero un hombre sabio nunca piensa tanto en la pobreza como cuando está rodeado de riquezas. Ningún general confía tan implícitamente en el mantenimiento de la paz como para no prepararse para una guerra que, aunque no se haya librado realmente, ha sido declarada; os ensoberbece una buena casa, como si nunca pudiera ser quemada o derrumbada, y las riquezas os hacen volver la cabeza como si estuvieran fuera del alcance de todos los peligros y fueran tan grandes que la Fortuna no tiene fuerza suficiente para tragárselas. Os sentáis a jugar ociosamente con vuestras riquezas y no prevéis los peligros que os esperan, como hacen generalmente los salvajes cuando son asediados, pues, al no comprender el uso de la artillería de asedio, miran ociosamente los trabajos de los asediadores y no comprenden el objeto de las máquinas que están armando a distancia: y esto es exactamente lo que os sucede: os dormís sobre vuestras propiedades, y nunca reflexionáis sobre cuántas desgracias se ciernen amenazantes a vuestro alrededor por todas partes, y pronto os despojarán de costosos despojos, pero si se le quitan las riquezas al hombre sabio, se le deja todavía en posesión de todo lo que es suyo: porque vive feliz en el presente, y sin temor por el futuro. El gran Sócrates, o cualquier otro que tuviera la misma superioridad y poder para resistir las cosas de esta vida, diría: "No tengo más principio fijo que el de no alterar el curso de mi vida para adaptarme a vuestros prejuicios: podéis verter sobre mí vuestra acostumbrada charla desde todos los lados: No pensaré que me maltratáis, sino que sólo os lamentáis como pobres bebés"." Esto

es lo que dirá el hombre que posee sabiduría, cuya mente, al estar libre de vicios, le obliga a reprochar a los demás, no porque los odie, sino para mejorarlos: y a esto añadirá: "Tu opinión sobre mí me afecta con dolor, no por mi propio bien, sino por el tuyo, porque odiar la perfección y atacar la virtud es en sí mismo una renuncia a toda esperanza de hacer el bien. No me haces ningún daño; tampoco los hombres dañan a los dioses cuando derriban sus altares: pero está claro que tu intención es malvada y que querrás hacer daño incluso donde no puedes. Soporto tu parloteo con el mismo espíritu con el que Júpiter, el mejor y más grande, soporta los cuentos ociosos de los poetas, uno de los cuales lo representa con alas, otro con cuernos, otro como adúltero que se queda fuera toda la noche, otro que trata con dureza a los dioses, otro como injusto con los hombres, otro como seductor de jóvenes nobles a las que se lleva por la fuerza, y a esas, además, sus propios parientes, otro como parricida y conquistador del reino de otro, y ese de su padre. El único resultado de tales cuentos es que los hombres sienten menos vergüenza al cometer pecados si creen que los dioses son culpables de tales acciones. Pero aunque esta conducta tuya no me perjudica, sin embargo, por tu propio bien, te aconsejo que respetes la virtud: cree a los que, habiéndola seguido durante mucho tiempo, gritan que lo que siguen es algo poderoso, y cada día parece más poderoso. Reverenciadla como a los dioses, y reverenciad a sus seguidores como a los sacerdotes de los dioses: y siempre que se mencione alguna escritura sagrada, favete linguis, favorecednos con el silencio: esta palabra no deriva, como la mayoría de la gente imagina, de favor, sino que ordena el silencio, para que el servicio divino pueda realizarse sin ser interrumpido por ninguna palabra de mal agüero. Es mucho más necesario que se os ordene esto, para que siempre que se pronuncie ese oráculo, lo escuchéis con atención y en silencio. Cada vez que alguien golpea un sistrum¹¹⁴, fingiendo hacerlo por mandato divino, cualquier experto en rozar su propia piel se cubre los brazos y los hombros con sangre de ligeros cortes, cualquiera se arrastra de rodillas aullando por la calle, o cualquier anciano vestido de lino sale a la luz del día con una lámpara y una rama de laurel y grita que uno de los

dioses está enfadado, os agolpáis en torno a él y escucháis sus palabras, y cada uno aumenta el asombro del otro declarando que está divinamente inspirado.

XXVII

He aquí que desde esa prisión suya, que al entrar limpió de vergüenza y convirtió en más honorable que cualquier casa del senado, Sócrates se dirige a vosotros diciendo: "¿Qué es esta locura vuestra? ¿Qué es esta disposición, en guerra tanto con los dioses como con los hombres, que os lleva a calumniar la virtud y a ultrajar la santidad con acusaciones maliciosas? Alabad a los hombres buenos, si sois capaces; si no, pasad de ellos en silencio; si, en efecto, os complacéis en este abuso ofensivo, caed en la trampa de unos y otros: pues cuando despotricáis contra el Cielo, no digo que cometáis sacrilegio, sino que perdéis el tiempo. Una vez le di a Aristófanes el tema de una broma: desde entonces toda la cuadrilla de poetas cómicos me ha convertido en una marca para su ingenio envenenado: mi virtud se ha hecho brillar más por los mismos golpes que se han dirigido a ella, ya que es para su ventaja ser llevada ante el público y expuesta a la tentación, ni ninguna gente entiende su grandeza más que aquellos que por sus asaltos han hecho la prueba de su fuerza. La dureza del pedernal no es conocida por nadie tan bien como por los que la golpean. Me ofrezco a todos los ataques, como una roca solitaria en un mar poco profundo, a la que las olas no dejan de golpear desde cualquier parte, pero a la que no pueden mover de su sitio ni desgastar, por muchos años que le den sin cesar. Atadme, acometidme, os venceré aguantando vuestra embestida: todo lo que golpea contra lo que es firme e inconquistable no hace sino herirse a sí mismo por su propia violencia. Por lo tanto, busca algún objeto blando y dócil para atravesar con tus dardos. Pero, ¿tienes tiempo para mirar las malas acciones de otros hombres y para juzgar a alguien? para preguntar cómo es que este filósofo tiene una casa tan amplia, o ese otro una cena tan buena? ¿Mirar los granos de los demás mientras vosotros mismos estáis cubiertos de

innumerables úlceras? Esto es como si alguien carcomido por la sarna señalara con desprecio los lunares y las verrugas del cuerpo de los hombres más apuestos. Reprochad a Platón que haya buscado el dinero, reprochad a Aristóteles que lo haya obtenido, a Demócrito que lo haya despreciado, a Epicuro que lo haya gastado: ¡echadme en cara a Fedro y a Alcibíades, vosotros que alcanzáis la cima del goce cada vez que tenéis ocasión de imitar nuestros vicios! ¿Por qué no miráis más bien a vuestro alrededor los males que os desgarran por todas partes, unos atacándoos desde fuera, otros ardiendo en vuestro propio seno? Por poco que conozcáis vuestro lugar, la humanidad no ha llegado todavía a tal punto que podáis tener tiempo para mover la lengua ante los reproches de vuestros superiores.

XXVIII

Esto no lo entendéis, y lleváis un semblante que no corresponde a vuestra condición, como muchos hombres que se sientan en el circo o en el teatro sin haberse enterado de que su casa está ya de luto: pero yo, mirando hacia adelante desde un punto de vista elevado, puedo ver qué tormentas os amenazan, y estallarán en torrentes sobre vosotros algo más tarde, o están cerca de vosotros y a punto de barrer todo lo que poseéis. ¿Por qué, aunque apenas seáis conscientes de ello, no hay en este momento un huracán que gira y confunde vuestras mentes, haciéndolas buscar y evitar las mismas cosas, ahora elevándolas en lo alto y ahora hundiéndolas en lo bajo?

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIV

XXV

XXVI

XXVII